

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«¡Loado seas por la hermana
madre tierra, mi Señor!»*

(San Francisco de Asís)

Cuanto más, peor

***«Necio, ¿de quién será lo que has acumulado?»
(Lc 12, 20)***

2

**Segunda Semana de Cuaresma
2020**

Comenzamos rezando

En las reflexiones de la semana pasada se decía que la ideología del crecimiento ilimitado no es una buena propuesta para cuidar de la hermana-madre tierra, ni tampoco para que los seres humanos alcancemos la felicidad. Frente a la convicción inconsciente de que cuanto más tengamos, mejor nos irá en la vida, afirmamos la contraria: cuanto más, peor: peor para la tierra y peor para los que vivimos en ella. En esta segunda semana de Cuaresma, si escuchamos la Palabra de Dios con corazón abierto, nos daremos cuenta de que hemos de caminar por otros caminos. Pero para adentrarnos por estas sendas necesitamos unos ojos nuevos con los que mirar la vida, conforme a aquella advertencia de Jesús, nuestro hermano, Señor y maestro: «La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está iluminado, pero cuando está enfermo, también tu cuerpo está a oscuras. Por eso, ten cuidado de que la luz que hay en ti no sea oscuridad» (Lc 11, 35-35).

Comencemos hoy escuchando este himno de la oración de las Laudes que la Iglesia nos invita a rezar por las mañanas para pedir unos ojos limpios con los que mirar el mundo:

¡Nacidos de la luz!, ¡hijos del día!
Vamos hacia el Señor de la mañana;
su claridad disipa nuestras sombras
y llena el corazón de regocijo.
Que nuestro Dios, el Padre de la gloria,

Cuanto más, peor

limpie la oscuridad de nuestros ojos
y nos revele , al fin, cuál es la herencia
que nos legó en el Hijo Primogénito.
¡Honor y gloria a Dios, Padre celeste,
por medio de su Hijo Jesucristo
y el don de toda luz, el Santo Espíritu,
que vive por los siglos de los siglos! Amén.

*(Hay diversas versiones musicales
que se pueden escoger para este momento)*

Y con el siguiente himno de la Liturgia de las Horas, pedimos que nuestra mirada sea limpia y se encuentre con la del Señor:

Buenos días, Señor, a ti el primero
encuentra la mirada
del corazón, apenas nace el día:
tú eres la luz y el sol de mi jornada.
Buenos días, Señor, contigo quiero
andar por la vereda:
tú, mi camino, mi verdad, mi vida;
tú, la esperanza firme que me queda.
Buenos días, Señor, a ti te busco,
levanto a ti las manos
y el corazón, al despertar la aurora:
quiero encontrarte siempre
en mis hermanos.
Buenos días, Señor, resucitado,
que traes la alegría
al corazón que va por tus caminos,
¡vencedor de tu muerte y de la mía!

La parábola del hombre necio

Nos cuenta el evangelista san Lucas que un oyente, atraído por la sensatez con la que Jesús hablaba, pensó que podría ayudarle a resolver sus líos familiares, y le pidió: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». El buen hombre quería aprovechar el prestigio de Jesús para resolver las tensiones que tenía con un hermano suyo a cuenta de la herencia. Pero Jesús no había venido a repartir herencias; eso debían hacerlo ellos en buena armonía; así que le contesto: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?», y aprovechó la oportunidad para decirles lo que él pensaba sobre las riquezas, pues «aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes». Se lo dijo, como hacía muchas veces, con una parábola, la del rico insensato:

«Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?”» (Lc 12, 16-21).

Aquel hombre era un necio porque pensaba que tener más le haría feliz y le daría seguridad, aunque

no tuviera en cuenta a Dios y a los demás. Es la necesidad de la ideología del crecimiento ilimitado, que también se nos puede aplicar a muchos de nosotros y de nuestros contemporáneos: creer que por tener más seremos más felices. Jesús concluyó la parábola con esta advertencia: «Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios».

Lo que está pasando en nuestra casa

Nuestra casa es la tierra, esta hermosa y querida hermana-madre tierra, tan maltratada por los seres humanos. Y “lo que está pasando en nuestra casa” es muy preocupante, por más que resulte incómodo que nos lo digan y muchos prefieran mirar hacia otro lado. La conversión espiritual, que la Cuaresma pide a todo cristiano, nos obliga a no mirar hacia otro lado y a aceptar la incomodidad de saber que en la puerta de nuestra casa hay un pobre cubierto de llagas, como aquel Lázaro de la parábola evangélica (Lc 16, 19-31), que es justamente esta tierra “que nos sustenta y rige”.

No pensemos que los datos sobre la ecología nada tienen que ver con nuestra vida espiritual como cristianos. Todo lo contrario. El papa Francisco lo ha puesto de manifiesto denunciando la necesidad del crecimiento ilimitado. Apoyado en solventes estudios, describe “lo que está pasando en nuestra casa”, y desea que, como hombres y mujeres de buena voluntad, y también como cristianos, nos sintamos interpelados:

«Hay un consenso científico —dice— muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático. (...) La humanidad está llamada a tomar conciencia de la necesidad de realizar cambios de estilos de vida, de producción y de consumo, para combatir este calentamiento. (...) El cambio climático es un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad. Los peores impactos probablemente recaerán en las próximas décadas sobre los países en desarrollo. (...) Es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación ambiental. (...) Lamentablemente, hay una general indiferencia ante estas tragedias, que suceden ahora mismo en distintas partes del mundo. La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil» (*Laudato si'*, 23-26).

El calentamiento del clima lleva consigo una constelación de problemas ambientales, como son: la creciente escasez del agua, su degradación a causa de los vertidos industriales y de la utilización indiscriminada de detergentes y productos químicos por parte de cualquiera de nosotros; el derroche del

agua en los países desarrollados; la insensata deforestación del planeta que lo está dejando sin esos pulmones que necesita para vivir y regenerarse..., y un largo etcétera que el Papa describe en los párrafos 27 al 42 de su encíclica. Todo esto constituye una interpelación para todo hombre o mujer de buena voluntad, máxime si cree en Jesucristo como Señor y hermano. Por ello, las siguientes palabras del papa Francisco no pueden menos que llamar nuestra atención y preocuparnos:

«Conocemos bien la imposibilidad de sostener el actual nivel de consumo de los países más desarrollados y de los sectores más ricos de las sociedades, donde el hábito de gastar y tirar alcanza niveles inauditos. Ya se han rebasado ciertos límites máximos de explotación del planeta, sin que hayamos resuelto el problema de la pobreza. (...) Esto a veces convive con un discurso “verde”. Pero hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» (*Laudato si'* 27. 49).

¿Cuanto más, mejor?

Es necesario, por lo tanto, que nos cuestionemos esa convicción inconsciente de que cuantas más cosas tengamos, sobre todo si son de última genera-

ción, viviremos mejor y seremos más felices, porque la tierra ya no puede soportar la sobreexplotación a la que está siendo sometida, a causa de esta cultura basada en el consumo, que predomina en los países desarrollados. El Papa nos hace caer en la cuenta de que cuanto más, peor:

«Estas situaciones provocan el gemido de la hermana tierra, que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo. Nunca hemos maltratado y lastimado nuestra casa común como en los últimos dos siglos. (...) Llama la atención la debilidad de la reacción política internacional. El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente. (...) Como suele suceder en épocas de profundas crisis, que requieren decisiones valientes, tenemos la tentación de pensar que lo que está ocurriendo no es cierto. Este comportamiento evasivo nos sirve para seguir con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo. Es el modo como el ser humano se las arregla para alimentar todos los vicios autodestructivos: intentando no verlos, luchando para no reconocerlos, postergando las decisiones importantes, actuando como si nada ocurriera» (*Laudato si'* 53. 54. 55. 59).

Tenemos, pues, ante nuestros ojos una interpe-lación, que nos pregunta si estamos mirando con los

ojos de Dios, si nuestra mirada es limpia o está velada por la comodidad, la costumbre u otros intereses mezquinos. Aunque no estén en nuestras manos las grandes decisiones políticas para frenar el deterioro ambiental, sí están las decisiones concretas que día a día nos hacen ser consumidores compulsivos o personas austeras; gente despreocupada ante la degradación de la naturaleza o responsables atentos a reciclar, recoger y depositar debidamente los residuos; transmisores de actitudes positivas hacia la tierra o detractores insensatos de la cultura ecológica. Y no cabe duda de que una multitud de gestos pequeños, conscientes y responsables puede generar a medio plazo resultados más eficaces que una normativa burlada frecuentemente por el egoísmo y la picaresca de los pobladores del planeta. Al igual que en otros campos, en éste es imprescindible la conversión de las personas. Y la Cuaresma llama a los cristianos a la conversión, también de los hábitos ecológicos.

Para la reflexión personal o en grupo

- ❖ ¿Pido a Dios que sane mi mirada para que vea a la tierra con los ojos que él la ve?
- ❖ Hacer la experiencia de aplicar la parábola del pobre Lázaro a nuestra pobre y maltratada tierra, y a los hermanos que sufren las consecuencias del deterioro ambiental.
- ❖ ¿Qué pasos voy a dar para abandonar la convicción de que “cuanto más, mejor”?

Cuanto más, peor

*(Terminemos rezando el siguiente
himno de la Liturgia de las Horas)*

Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto, los primeros animales.

De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.

El árbol toma cuerpo, y el agua melodía;
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.

No hay brisa, si no alientas,
monte, si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia. Vivir es este encuentro:
Tú, por la luz, el hombre, por la muerte.

¡Que se acabe el pecado! ¡Mira, que es desdecirte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra. Amén.

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la segunda semana

Del 8 al 14 de marzo

Lecturas bíblicas para esta semana

En el contexto de la reflexión de esta semana, proponemos estos textos del evangelio de san Lucas para orar esta semana pidiendo al Señor que sepamos leer y escuchar su palabra “en primera persona”, es decir, leer cada texto como si verdaderamente yo me viera implicado en él y debiendo responder a la palabra que Dios me dirige a mí.

8 de marzo, domingo: Lucas 11, 33-36.

9 de marzo, lunes: Lucas 12, 13-21.

10 de marzo, martes: Lucas 12, 22-34.

11 de marzo, miércoles: Lucas 16, 19-31.

12 de marzo, jueves: Lucas 18, 18-30.

13 de marzo, viernes: Lucas 19, 1-10.

14 de marzo, sábado: Lucas 19, 11-28.

Palabras para orar

Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y cuando decidas irte,
llévame, Señor, contigo;
porque el pensar que te irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin ti me quedo,
de si Tú sin mí te vas.

Llévame, en tu compañía
donde tu vayas, Jesús,
porque bien sé que eres Tú
la vida del alma mía;
si tú vida no me das,
yo sé que vivir no puedo,
ni si yo sin ti me quedo,
ni si tú sin mí te vas.

Por eso, más que a la muerte
temo, Señor, tu partida,
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte;
pues la inmortal que Tú das,
sé que alcanzarla no puedo,
cuando yo sin ti me quedo,
cuando Tú sin mí te vas. Amén.

(Fray Damián de Vegas, fraile. S. XVI y XVII).

Consejos para orar con la Palabra de Dios

- ❖ Cambia el nombre propio que aparece en el texto (Zaqueo, Simón, Juan, Santiago...) por tu propio nombre y siente que estás tú en esa situación.
- ❖ Si la lectura “no te dice nada”, quédate en paz. Puede que otro día te diga mucho. Más allá de nuestro esfuerzo está la gracia de Dios y a veces “su hora” no es “nuestra hora”.
- ❖ Cuando reces los salmos, piensa que también los rezaron Jesús, María, José, los Apóstoles y muchos otros creyentes sinceros a través de los tiempos. Trata de ponerte en el lugar de Jesús y, con sus sentimientos, dirige a Dios las palabras del salmo.